

A man in a dark, double-breasted Victorian-style coat stands in an ornate, dimly lit room. The room features a chandelier, a statue on a pedestal, and a patterned floor. The title 'Lord Vil' is written in a large, white, cursive font across the center of the image.

# Lord Vil

SERIE  
LORES MALDITOS 3

**SYDNEY JANE BAILY**

Combinando su amargo resentimiento, el suave sabor de la ginebra y el cariño por las mujeres, si lord Vil cree que comprende la traición, ¡todavía no ha visto nada!

¿Por qué un hombre encantador aceptaría un epíteto tan terrible?

Lord Michael Alder siempre se ha portado bien. Entonces la traición destroza su carácter caballeroso. ¡Que así sea! Si el *bon ton* lo considera un pícaro, también puede deshacerse de la pesada y aburrida apariencia de decencia y decoro. ¡Que comience la decadencia!

*A Toni Carol (de soltera, Baily) Young  
Mi querida hermana, a la que aprecio  
y que siempre me apoya*

## **Agradecimientos**

Gracias a mi amable y capaz editora, Violetta Rand, por poner orden después de mí como la buena hada que es. Y un gran abrazo y un beso a mi inteligente y hermosa madre.

## Prólogo

1849, Londres

—¿Por qué está aquí?

Michael Alder, vizconde y heredero de un condado al que no había regresado desde hacía más de un año, levantó los ojos sombríos hacia el individuo que ocupaba un taburete a su lado en una taberna de Drury Lane. No tenía ningún reparo en contestar. Bebía solo.

Se dio la vuelta y golpeó con la mano sobre el pegajoso mostrador hasta que el tabernero respondió con un gruñido inquisitivo. Michael señaló con la cabeza su vaso vacío, y observó cómo el hombre lo rellenaba con ginebra.

«¿London Dry o ginebra belga?», se preguntó a sí mismo. Luego se lo bebió. Había bebido demasiado como para sentir quemazón en el fondo de la garganta. No importaba. De todos modos, el alcohol hacía su función.

—Me refiero a que usted no es como nosotros —continuó el parroquiano—. Podría estar bebiendo *brandy* en White's o en Boodle's. Apuesto a que no creía que yo conociera los nombres de esos clubes elegantes, ¿eh, mi lord? —concluyó riendo.

¿Acaso no podía un caballero emborracharse en un *pub* oscuro y de mala muerte sin que un tipo entrometido le molestara?

Al sentir que una mano le acariciaba la espalda, Michael se giró despacio y miró a la cantinera de amplia sonrisa

y caderas aún más amplias, quien le hizo un gesto para señalar las escaleras.

—No va a contestar, ¿eh? Está bastante achispado. —Su parlanchín e inoportuno examinador había señalado lo obvio: ¡Él estaba verdaderamente ebrio!

Demasiadas pintas de cerveza seguidas de demasiados vasos de ginebra.

Michael ignoró al hombre. Asintió a la moza, se deslizó de su taburete y la siguió escaleras arriba. No recordaría nada de esto por la mañana. Tanto mejor.

## Capítulo 1

La señorita Ada Kathryn Ellis, a quien sus amigos llamaban solo Ada, reconoció el creciente sentimiento de profunda decepción. Era la primera vez que se permitía hacerlo en meses.

Su primera temporada, que fue el año anterior, había sido un nervioso aprendizaje de los modos correctos de comportamiento. Esta temporada, tras dominar el arte del coqueteo y la conversación ingeniosa, había destacado por estar en el lugar adecuado en el momento oportuno, a menudo con un compañero que no le desagradaba del todo y, a veces, incluso con uno que le resultaba agradable.

Eso no quería decir que hubiera encontrado a alguien que le hiciera sentir mariposas en el estómago. Por desgracia, eso no había ocurrido a pesar de haberlo intentado. Muchas veces.

A cada pareja que la había acompañado en un cena o un baile, la había comparado con un hombre, un joven vizconde al que había conocido dos años antes. Como por aquel entonces aún no había sido presentada en sociedad, él estaba fuera de su alcance. Así, en una cena a la que sus padres tuvieron la generosidad de permitirle asistir, Ada solo pudo observar a lord Alder desde lejos.

Abrigaba la esperanza de que el vizconde siguiera estando disponible cuando ella se incorporase al mercado matrimonial, pero, por desgracia, no encontró rastro de él en toda la temporada.

Su inexplicable ausencia no le había impedido a Ada participar en los emocionantes eventos de la sociedad londinense. Sin embargo, cada vez que ella creía que le podía gustar alguien, un caballero con una sonrisa especialmente bonita o unos ojos atractivos, sopesaba sus méritos frente al recuerdo ya casi mitológico de lord Alder.

Si pudiera verlo y tal vez hablar con él, entonces podría desengañarse de la ridícula idea de que era el indicado.

A medida que sus amigas se comprometían, en particular su mejor amiga, Maggie Blackwood, que se había casado con un conde y se había convertido en la condesa de Cambrey, el entusiasmo de Ada por cada acto social iba en descenso. Quizá sus padres, el barón y la baronesa Ellis, habían malgastado su dinero en una hija que no era ni la más fea del baile ni tampoco deslumbrante. Situada en el centro de la oferta de jóvenes de la sociedad, Ada no estaba segura de cómo proceder según la temporada se iba acercando a su desenfrenado final.

¿Debía conquistar a cualquier hombre que mostrara interés por su bello rostro y su gran dote? Podía comprometerse con el hijo de un vizconde, que estuvo a punto de declararse antes de que ella huyera al baño de señoras para evitar la desagradable tarea de decirle que no. Había otro, un soltero mayor, que todavía tenía todo el pelo, unos ingresos anuales considerables y una casa en el lado oeste de la calle Arlington. Confiaba en poder ser la dueña de su propio hogar en Navidad, si así lo deseaba. De hecho, había media docena más de caballeros que habían mostrado interés en ella.

Si solo pudiera decidirse por alguno...

¿O debería poner sus miras en el año siguiente y volver a su casa en Juniper Hall, en la campiña de Surrey? ¿Quizá cortarse el pelo a la nueva moda o tomar más clases de música? Tal vez debería aprender francés como Maggie o intentar dejar de hablar tanto de su interés por el comercio. Esto último escandalizaba a su madre, pero a

Ada le resultaba muy interesante la subida y bajada de las materias primas en la Bolsa de Londres. Las fluctuaciones de los precios podían enriquecer o arruinar a un hombre entre el amanecer y el crepúsculo. Tal había ocurrido en el *Pánico Español* de 1835. Y cuatro años después del *crack* de 1845, los periódicos seguían escribiendo sobre el estallido de la «burbuja» de la especulación ferroviaria. Algunas familias muy antiguas, en efecto, se habían hundido en la bancarrota.

«Fascinante –pensaba Ada cada vez que cogía el manoseado ejemplar de su padre de *The Banker's Magazine* o de *The Economist*, muchísimo más interesantes que las tontas novelas románticas que leían sus amigas. Podía escuchar durante horas a su padre hablar de lo que encontraba en la bolsa, aunque este se dirigiera sobre todo a su hermano menor, Grady».

Sin embargo, los caballeros que buscaban esposa no querían que una joven se interesara por los negocios. Era demasiado varonil.

Suspirando con fuerza, Ada dejó que su criada la preparara para otra velada de fin de temporada. Sí, el vestido de seda violeta. Sí, el pelo recogido en un moño trenzado con tirabuzones rubios sobre las sienes. Sí, los guantes de seda lavanda a juego. ¿Por qué no? No había ningún inconveniente, excepto que ella no quería ir. Esa era la verdad.

Se miró los ojos azules en el espejo dorado y esperó que no parecieran tan cansados como se sentía ella, y luego se puso en marcha hacia el baile de los Fontaine.

Con su madre en su sitio habitual, sentada con las otras ansiosas y esperanzadas madres, Ada dejó que le llenaran el carné de baile, extendiendo su muñeca a cada joven que se lo pedía. ¿Cuándo se había convertido esto en una tarea tan aburrida?

La hora siguiente transcurrió en un carrusel de bailes: la Gran Marcha, luego una cuadrilla, una polca y un vals.

Cuando su madre no miraba, se tomaba una copa de champán. Ada saludó a *lady* Adelia Smythe, hija de un conde, pero todavía muy simpática y que tampoco había encontrado pareja, y se dirigió hacia ella cuando un hombre le chocó el codo al pasar.

–Vaya –dijo ella en voz lo bastante alta como para que él se detuviera y se girase.

Con la intención de reclamarle su descortesía, Ada frunció los labios y miró hacia arriba. Tuvo que impedir que se le escapara un suspiro. Era él. Por fin. Su vizconde. Lord Michael Alder.

Él entrecerró los ojos como si la estudiara, tal vez para recordar si la conocía. Al no hacerlo, se relajó y se encogió de hombros.

–Mis disculpas.

¡Dios mío! Le estaba hablando a ella. Su voz sonaba como Ada recordaba, rica y profunda, y le provocó un delicioso escalofrío en su columna vertebral.

«Di algo –se ordenó a sí misma, pero su lengua estaba congelada. No pudo hacer otra cosa que mirar su bello rostro bajo el espeso cabello castaño que se ondulaba ligeramente, dándole un aire desenfadado».

Nunca se había acercado a él lo suficiente como para ver que sus ojos eran de un llamativo color ámbar muy inusual, como los de un felino.

–¿Está bien? –le preguntó él, sin duda pensando que estaba aturdida, ya que ella lo miraba boquiabierta.

Ada asintió con un gesto, aún sin palabras, e hizo lo único que se le ocurrió: extender la muñeca con el carné que colgaba de ella.

Él lo miró como si la tarjeta estuviera ardiendo, y estuvo a punto de dar un paso atrás.

–No –dijo sin preámbulos–. No quiero bailar. Con nadie –añadió ante la expresión de angustia de ella, como para suavizar el golpe.

Ada tragó saliva. «Piensa en algo brillante, divertido, interesante. Cualquier cosa».

Entonces, él inclinó la cabeza con rapidez, se dio la vuelta y desapareció entre la multitud.

¡Caramba! Había perdido su única oportunidad. Sin embargo, no importaba. Era obvio que ella no despertaba ninguna atracción en él, y cualquier palabra que Ada hubiera soltado no habría cambiado ese hecho. Y menos aún su idea personal de que uno podía hacerse muy rico invirtiendo en la tecnología en desarrollo de los cables submarinos. Los periódicos indicaban que se instalarían entre Inglaterra y Francia en dos años. Debería haber elogiado la música, el champán, o incluso el pañuelo de lord Alder, o haber mencionado la última obra de Dickens.

Expulsó una bocanada de aire poco femenina que agitó su flequillo dorado con frustración. Entonces su siguiente pareja la encontró, examinó su carné en busca de su nombre y la arrastró a la pista de baile.

Otra hora eterna, durante la cual trató de espiar a lord Alder mientras giraba y daba vueltas. En vano. Acalorada por la aglomeración de invitados, decepcionada no solo por este evento, sino por toda la temporada e incluso por sus perspectivas de futuro, Ada abandonó la seguridad del salón de baile. Sin reflexionar si era lo correcto, se aventuró al otro lado de las puertas acristaladas para llegar a la terraza de mármol.

Por desgracia, había parejas que ya debían de haber hecho públicos sus acuerdos sobre su futuro en común, ya que estaban juntos abiertamente, solos y sin compañía. Esta práctica seguía estando mal vista, pero si la pareja estaba comprometida, la sociedad la consideraba más o menos aceptable.

Una de estas parejas estaba a pocos metros de Ada, y otra en el extremo de la terraza. En todos los casos, el hombre abrazaba a la mujer.

Ada puso los ojos en blanco ante la incomodidad de estar en un lugar romántico sin tener un pretendiente. Las parejas se encontraban sobre los escalones de piedra que conducían a los jardines de esculturas.

En un instante, bajó los escalones y se adentró en la oscuridad.



Michael salió a la terraza a trompicones. Le habían agitado demasiados carnes de baile en la cara y había bebido demasiadas copas de champán. De hecho, llevaba una consigo en ese momento.

Tras sorber el burbujeante líquido, dejó la copa vacía en el borde de la barandilla de piedra de la terraza y bajó los escalones en medio del silencio.

Después de haber permanecido alejado de la llamada sociedad educada durante muchos meses, no podía imaginar por qué había acudido a este baile en particular. En realidad, sí, lo sabía. Había leído la lista de invitados en el periódico y sabía que ella estaría allí, la mujer que había amado y luego había perdido.

Por supuesto, sabía que ya estaba casada, y felizmente, lo que no le desagradaba en absoluto. Al fin y al cabo, ella no tenía la culpa de que los traicioneros padres de Michael les hubieran mentido a ambos y hubieran puesto fin a su compromiso por la falta de fortuna de ella. Sin embargo, como un animal que no puede dejar de lamerse una herida en carne viva, le gustaba asegurarse de que seguía queriéndola por encima de todo.

Verla, en las raras ocasiones en que lo hacía, confirmaba este hecho. Contemplar a Jenny Blackwood, ahora la condesa de Lindsey, le recordaba lo que había perdido y por qué. Eso renovaba su ira y refrescaba su amargura

contra aquellos que profesaban amarlo más que a nadie. Sus propios padres.

¡Una traición de lo más vil! Michael sacó una petaca del bolsillo, bebió un sorbo de *brandy* y se adentró en el camino enlosado que llevaba al jardín.

Al cabo de un minuto, cruzó un puente asquerosamente romántico sobre un pequeño arroyo falso y se encontró junto a un cenador, a oscuras salvo por dos antorchas, encendidas para indicar a los invitados que habían llegado al final del jardín. Más allá había un muro de ladrillos más alto que su cabeza.

Al tomar otro sorbo, pensó que estaba siendo testigo de una visión. No era la primera vez, ya que su estado habitual en los últimos tiempos era «medio mareado –si no desmayado por completo».

Ante él surgió una encantadora criatura, vestida en un tono pastel tan pálido que brillaba a la luz de la luna. Parecía flotar hacia él y, mientras lo hacía, en lo más profundo de su ser supo que la deseaba.

Cuando la luz de la antorcha captó su corona de pelo dorado, Michael hizo un sonido, alertando a la diosa hechicera de su presencia. Ella se detuvo enseguida. Sin embargo, en lugar de huir como debería hacer una doncella bien educada, se acercó un paso más.

Deslizándose la petaca de nuevo en su bolsillo, Michael le tendió la mano. En silencio, ella la tomó y dejó que él la atrajese hacia sí.

–No tenía ni idea al venir aquí de que iba a encontrar una criatura como tú. Eres encantadora.

Ella tembló.

¿Pero era real? Solo había una forma de descubrirlo.

Cuando Michael la envolvió con sus brazos y notó que se estremecía y estaba fría, decidió que debía de ser real. Haría lo posible por calentarla.

Bajó la cabeza y rozó sus labios con los de ella. Un ramillete de algún exótico y exuberante aroma floral le hizo

cosquillas en la nariz. Aquellos suaves labios eran cálidos y alentadores.

*Umm*, ella olía bien. Sin duda, a la fría luz del día, era mayor de lo que parecía en el jardín poco iluminado. Sin embargo, por el momento, aceptaría que era un hada, enviada allí para su disfrute.

Volvió a posar su boca sobre la de ella, saboreando su dulzura, y descubrió que sus labios encajaban perfectamente. Cuando lamió su comisura, ella los abrió con un pequeño jadeo. Eso lo inflamó.

Al parecer, ella estaba dispuesta.

Michael miró a su alrededor y observó el brillante cenador blanco, que también parecía brillar a la luz de las antorchas. Invitando, atrayendo, ¡el lugar ideal!

Con delicadeza, a pesar de un leve tropiezo en el umbral, la condujo al interior del lugar aislado. Qué amabilidad la de sus anfitriones...

Había un diván, sin duda utilizado para reclinarse para leer durante el día. ¡Un desperdicio mundano para un lugar tan mágico!

Solo hizo falta un paso para que ella tuviera la parte trasera de sus faldas contra los cojines del diván, y luego ambos cayeron sobre él. Era demasiado pequeño para estirarse con comodidad, pero les ofrecía un lugar adecuado para entablar un rápido y sensual coqueteo.

Su diosa se puso rígida en el acto. Michael no podía imaginar que ella no deseara esto tanto como él, ya que podía sentir su cálido y curvilíneo cuerpo vibrando bajo el suyo. Estaba hecha para que un hombre la abrazara y la disfrutara.

—¿Milord? —Las primeras palabras que le dirigió fueron suaves e interrogativas.

Tal vez estaba tardando demasiado en complacerla.

Michael volvió a acercar su boca y, al besarla a fondo, se relajó. Es más, él pudo sentir el corazón de ella latiendo de prisa por el deseo. El suyo hacía lo mismo.

Él se levantó y, con manos expertas, se desabrochó el cierre de su pantalón, dejando libre su hombría.

Michael observó sus ojos en la oscuridad. Aunque no pudo determinar su color, pudo ver cómo se ensanchaban de placer. Con mucha delicadeza, le levantó el dobladillo del vestido y subió los dedos por las piernas cubiertas por unas medias hasta que ella lo detuvo con su mano y apriñonó su vestido entre sus muslos.

¿Realmente ella quería parar?

—Está bien —le dijo él—. Te deseo. Más que a nadie. Te deseo solo a ti.

—¿Me conoces? —le preguntó ella en un susurro.

—Por supuesto. —Ella era su diosa, un regalo para calmarlo por todo lo que había perdido—. ¿Y tú a mí?

—Lord Alder.

Él sintió un escalofrío de sorpresa. En efecto, ella debía de ser un hada, una criatura de otro mundo, porque si no, ¿cómo podría haberlo encontrado en la oscuridad?

—Entonces estamos hechos el uno para el otro —afirmó—. Déjame amarte.

Al cabo de un momento, ella retiró su mano y él le subió el vestido de algodón y las enaguas hasta las caderas. Como era de esperar, su ropa interior era de dos piezas separadas y atadas a la cintura, por lo que él ni siquiera tuvo que quitárselas para tener acceso a su codiciado tesoro.

Preguntándose si podría durar siquiera unos instantes, se acercó aún más, encajó su miembro rígido en su cálido canal y se deslizó dentro de su ninfa mágica.

Gimió de placer al mismo tiempo que las manos de ella subían a su pecho.

¿Lo estaba apartando?

Besándola, empezó a mover las caderas y ella se relajó, agarrada a su chaqueta. Deseaba oírla gemir de placer, pero ella respiraba con dificultad. Deseaba poder ver y tocar sus pechos, pero tenía que apoyarse en el diván, y no